

FRAGMENTO DE LA NOVELA “RELÁMPAGOS QUE FUERON”

■ J.R.M. Ávila*

Cuando se acaban las pizcas y la familia se cambia a Reynosa, convencido de que es la única solución para salir de la pobreza en que siempre ha vivido, Covarrubias decide seguir su propio sueño y cruzar la frontera. No parte de inmediato porque intenta convencer a su esposa, día tras día por casi una semana y ella se mantiene firme en que no quiere quedarse sola con el montón de niños.

A Natalia no le hace ninguna gracia que su esposo se marche. No teme al abandono, ya que cuantas veces se ha ido de gira por los pueblos de San Luis Potosí, ha regresado con dinero para mantener a la familia. La diferencia, además de que ahora no llevará a Ramón, es que se va a otro país. En México, al menos tendría la idea de los lugares en que ande, pero en Estados Unidos ¿Cómo localizarlo si se pierde y sin saber una palabra de inglés?

Para ella, lo ideal sería que viajara la familia completa. Al fin que, trabajando ellos dos, ayudados por los niños (que ya no lo son tanto), pueden reunir una buena cantidad de dinero, como ya lo hicieron en la pizca de algodón, para regresar al Monterrey que tanto echa de menos. Tal vez para vivir en la misma colonia, pero en una casa mejor que aquella de cartón en que tantos buenos y malos momentos pasaron.

“¿Y qué tal si mientras estás lejos se me enferma un niño? ¿Qué voy a hacer para curarlo? ¿Y si (Dios no lo quiera) se me llega a morir alguno? ¿Cómo lo voy a resistir sin ti? Una cosa es que te hayas ido por dos o tres días, o hasta por una semana; pero no saber de ti por tres o cuatro meses, eso sí no lo voy a aguantar, y tú lo sabes”, dice desesperada, a punto de llorar.

A ella no le importa que Covarrubias insista en que no es conveniente irse todos, porque, así como pagan bien, del otro lado cuestan más las cosas. “¿Te imaginas el gasto que será alimentarnos y pagar renta allá? Además, no es lo mismo que pase el río Bravo yo solo a que cargue contigo y con los niños”, dice él, pero Natalia no se convence. “¿Sabes cuánto gana uno trabajando allá en la pizca de algodón?”, continúa, y ella se encoge de hombros como si no le importara. “¡Sesenta dólares a la semana! ¿Sabes cuántos pesos son? ¡Ya quisiera ganarlos aquí en tres meses!”.

Ella no da su brazo a torcer, hasta que él le dice: “Mira, Natalia, yo te estoy diciendo por las buenas que me voy, porque no me quiero ir peleado contigo. Si fuera otro, ni te avisaba. Ya estoy cansado de tanto batallar. Ya me cansé de trabajar como burro y que no salgamos de jodidos. Si sigues con lo mismo, me voy a ir, aunque te enojas para toda la vida conmigo. Así que tú dirás cómo nos ponemos de acuerdo”.

Por fin, sin estar muy convencida, la mujer decide no ponerle obstáculos a lo que él propone. Accede a regañadientes pero le pide que se quede al menos tres



*Autor de los libros “Ave Fénix”, “La guerra perdida” y “Relámpagos que fueron”. Ha publicado en las revistas “Entorno”, “Política del Norste”, “A lápiz”, de la UPN, Unidad 19B de Guadalupe, N. L. “Entorno Universitario”, “Polifonías”, “Reforma Siglo XXI”, de las Preparatorias 16, 9 y 3, respectivamente, y “Conciencia libre”. E-mail: jrmavila@yahoo.com.mx

días y, ni tardo ni perezoso, se los concede. Es casi una luna de miel la que viven esos días, si así se puede nombrar el pasársela acaramelados a pesar de la presencia del montón de niños, que sonrían con picardía cuando, a plena luz del día, los ven abrazados y besándose.

Al amanecer del cuarto día, Covarrubias prepara una muda de ropa y, en señal de que volverá dice que dejará en casa el bajosexto y todas sus otras pertenencias. Por lo que se refiere a dinero, no se lleva sino el que supone ha de necesitar para llegar al otro lado del río y encontrar un buen trabajo, o al menos uno como el de la pizca de algodón que acaba de terminar en Control. Le deja el resto a Natalia, lo suficiente para que se mantengan mientras envía la primera remesa.

Después de cenar y despedirse de todos, le dice a Ramón: “No dejes de practicar con el acordeón, para cuando regrese y toquemos otra vez juntos”. El muchacho responde un sí con la cabeza y el hombre le revuelve el cabello con la mano derecha. Es apenas la hora en que va oscureciendo, quedó de reunirse a las nueve de la noche con un hombre que lo pasará al otro lado y no quiere llegar tarde, así que toma su bolsa y se pierde en la noche.

Todos se quedan callados cuando la puerta se cierra. A la luz de una lámpara de petróleo, los niños se sientan alrededor de la mesa, mientras Ramón se pone a tocar y Natalia lava las vasijas. El muchacho toca el acordeón de la manera más triste que le hayan oído. La mamá les da la espalda a todos para que no la vean llorar. “¿Cuándo va a venir mi papá?”, dice uno de los niños después de un buen rato. “Muy pronto” dice la voz de la mujer un tanto recuperada. “¿Y eso cuánto es?”. Ella encoge los hombros y sin voltear a la mesa le dice a Ramón: “Toca algo que nos alegre m’hijo”.

Entonces el muchacho se acerca a la mesa y toca polcas y redovas, hasta que los niños empiezan a bostezar y duermen. La mamá apaga la lámpara y Ramón sigue tocando en la oscuridad canciones alegres, pero sin cantarlas, para que nadie se entere de su llanto. Así continúa hasta que Natalia se acerca, le limpia las lágrimas con las manos y le dice: “Gracias, m’hijo, ahora tú eres el hombre de la casa”. Se abrazan largo y fuerte. Después se van a dormir.

Pasan los días, las semanas, y los meses.

Covarrubias no regresa y el dinero que le dejó a Natalia merma cada vez más. Ni una carta, ni una razón han llegado sobre su paradero. Parece que de nada sirve que haya dejado casi todas sus pertenencias. El bajosexto se empolva colgado en la pared. La ropa permanece guardada en una caja de cartón. El retrato que de él guarda su esposa se decolora.

Ella sabe que volverá, se aferra a esa seguridad. Su temor principal no es el abandono, sino que le suceda algo en los lugares en que sólo él sabe que anda. Así tan lejos, se le figura que es más fácil darlo por perdido que pensar en que los abandonó. No quiere ni imaginar que de un momento a otro, un día cualquiera llegue alguien con la noticia de que lo encontraron tirado, muerto no se sabe donde y, para que los niños no sepan de su angustia, se esconde en quehaceres sin fin.

“Ya barrió, ¿qué no se acuerda?”, le dice Ramón. “Ay, m’hijo, no se qué me pasa, ando muy distraída”, contesta sorprendida de que el muchacho haya notado su compulsión para hacer trabajos innecesarios. “Es por papá, ¿verdad?”, dice él, a sabiendas de que ella no será sincera o de que encogerá los hombros justo como lo hace en este instante. ¿Es por el dinero que se está acabando? Batallamos porque queremos, déjeme que vaya a tocar con el acordeón”.

“Ni se te ocurra pensar en eso. Todavía no tienes edad para andar solo en las cantinas”, dice ella rotundamente. “Si me dejaron entrar con papá cuando tenía doce años, ¿usted cree que no me dejen entrar ahora que ya tengo trece?”, insiste él. “No se trata de la edad nada más, ¿quieres que me preocupe porque tampoco sé de ti? Además, ¿Qué tal si te roban el acordeón y quedamos peor? No insistas, porque soy capaz de escondértelo y no lo tocas ni siquiera adentro de la casa”.

Ramón desiste, pero se va después de la hora de la comida y pasa casi todo el día fuera de la casa. Natalia se queda tranquila porque el acordeón permanece en su lugar. Mientras no se lo lleve, puede tener la tranquilidad de que no se arriesgará a entrar en las cantinas. No importa que el muchacho regrese después de oscurecer con mucha hambre. Ella lo ve marcharse y sólo le dice que no regrese tarde. Además, cuando regresa ya no le pregunta dónde anduvo.

No tiene que hacerlo, él mismo le dice una noche: “Ya sé cómo bolear zapatos”. Ella le agarra las manos y se las examina, pretendiendo encontrar huellas de tinta, grasa o crema pero no las encuentra. “Todavía no boleo. Sé cómo se hace porque me he fijado, eso es lo que he andado haciendo en estos días. Así que nomás consigo un cajón de bolear y empiezo”.

Natalia se le queda viendo y le pregunta cuánto cuesta. Él le dice una cifra y la mujer saca el dinero exacto y se lo entrega. “Mañana empiezo muy temprano”. Ella lo ve a los ojos y le dice: “Prométeme que te vas a cuidar mucho”. Él dice que sí y sale corriendo. Ella lo detiene con un grito: “¿A dónde vas?”. Él le contesta a la carrera: “A conseguir el cajón”. Y entonces sí se va.

Regresa después de una hora y arma el alboroto entre sus hermanos con su flamante cajón de bolear. Todos lo miran tan contentos cuando le compraron el acordeón y le preguntan para qué es. “Para bolear zapatos”, contesta Ramón. “¿Me lo

prestas?”, pregunta uno de los más pequeños, como si se tratará de un juguete. “No es para jugar, es para bolear zapatos”, insiste el muchacho.

El más pequeño de los hermanos va hasta un rincón y trae sus zapatos. “¿Me los boleas?”, dice tendiéndoselos a Ramón. Todos sueltan la carcajada ante los zapatos llenos de polvo, con agujeros por todos lados y la piel partida a más no poder. El niño se les queda viendo hoscamente hasta que la mamá toma los zapatos, mete dos dedos en cada uno de ellos y los saca por los agujeros, al tiempo que imposta la voz: “¡Denme de comer, tengo mucha hambre!”. Entonces el pequeño se une a las carcajadas de los demás.

“Vas a ver que cuando junte dinero te compro unos nuevos y esos sí te los boleo”, dice Ramón. El niño sonríe complacido. Después de cenar, el muchacho toca contento el acordeón hasta que él mismo dice: “Ya estuvo bueno, mañana hay que chambear”, y se acuesta.



Sin Título